

ORACIÓN DEL ESTUDIANTE

Hola señor. Hoy de nuevo me postro ante ti, como cada martes en la capilla de la universidad. Vengo hasta aquí arrodillándome ante tu débil rostro, sabiendo que mueres por nosotros, que todo pasa. Todo pasa y de nuevo un año más vuelves a demostrar que todo problema carece de importancia si el que nos acompaña cargando los reveses de la vida eres tú. Esas cruces que tanto pesan y que a tu lado no son más que ligeras plumas que avanzan con nosotros en el transcurso de la vida.

Aún me sorprendo cuando recuerdo el primer día que entré en la pequeña capilla de la calle San Fernando. Desde entonces, no se me ocurre mejor forma de agradecer toda la obra que nos has dejado que acudiendo a tu encuentro con las dos mayores expresiones de amor que pueden existir, gracias y perdón. Esas gracias que debemos dar por todas las veces que cuando nos podía la pereza, tú nos has dado fuerzas para seguir adelante. Cuando nos ha faltado alguien, y en esa soledad en la que nos sumergimos, tú eres ese barco que nos tiende una mano para sacarnos a flote. En situaciones en las que nos sentimos desbordados en los estudios, interminables tardes en la biblioteca o en la habitación, pensando que el libro que teníamos delante no iba a tener fin, y vuelves a estar tú para ser esa última página que cierre nuestras jornadas de estudio. Gracias por estar siempre en esa persona que nos echa una mano, que nos aguanta la puerta, que nos da la vuelta del bar seguido de un gracias, por las veces que te espera el conductor cuando te ve llegando apurado. Gracias por la capacidad de escucha de tus misioneros en la tierra, los sacerdotes, que están siempre prestos a perdonar como si fueras tú mismo el que absuelves nuestros pecados.

¿Cuántos hombres y mujeres se han postrado frente a tu semblante, dispuestos a desnudar las entrañas de sus corazones? Pues hoy una vez más, a ti me presento, lleno de pecados y errores que por mucho que pesen los cargaré si eres tú mi Simón de Cirene, mi señor. ¿Cuántos no lo hacían, ni lo hacen por creer que no vales nada, por despreciarte y oponerse a ti como los fariseos? No dejes que las dagas hacia tu nombre que históricamente han manchado tu obra sean capaces de ocultar la capacidad de perdón y misericordia de tu madero.

Por ello debo pedirte perdón, padre. Perdón por no tener la suficiente empatía con los demás, por mirar por mí antes que preocuparme por el prójimo. Perdón por la poca paciencia que tenemos con nuestros padres, que con sus esfuerzos titánicos dan la vida buscándonos un futuro mejor. Perdón cuando ignoramos al necesitado, que sólo era un fiel reflejo de tu sediento de compasión y ayuda. Porque siempre estás tú, siempre en cada hombre o mujer que se nos presenta cada día, siempre en la gente que nos plantea ser mejores personas, siempre en las situaciones donde debemos demostrar por qué seguirte es el mayor acto de amor que podemos hacer por los demás.

Por todo esto y lo que me dejo atrás, sé que nunca estoy solo, que marchó firme durante la vida sabiendo que ésta me hará tropezar, y que tras tu monte de lirios morados, nada más necesito.

Camino detrás de ti, ansío ser esa sombra que imite tus actos en vida, Santísimo Cristo de la Buena Muerte, haz que tu suerte sea mi suerte.

Amén.